Porque en primer lugar la idolatría no es una religion, sino un conjunto de todos los errores y

gando que basta pertenecer á una de esas sectas para alcanzar la eterna salvacion.

CAPITULO XXII.

Falsedad de las sectas separadas de la Iglesia Romana.

Si se quiere manifestar el estravío en que se hallan todas las sectas separadas de la Iglesia romana, no es necesario impugnar uno por uno todos los errores en que han caido, sino que será suficiente presentar una razon, que militando igualmente contra todas, las convenza de falsas á todas. Para esto les preguntaremos, ¿cuál es la verdadera Iglesia? es claro que han de convenir en que es aquella en que habiendo sido fundada por Jesucristo y los apóstoles, ha continuado hasta nosotros. Ahora bien, ¿cuál es la Iglesia que reune semejantes caracteres? ¿es la católica romana, ó alguna de las otras? Preséntense todas en línea, la luterana, la calvinista, las protestantes todas, y con una sola pregunta las dejaremos confundidas. Esta pregunta será: ¿quién te fundó? A mí responderá la una, me fundó Lutero; á mí Calvino, dirá la otra; á mi Socino, contestará ésta; á mi Fox, dirá aquella, y así podrán ir siguiendo todas; es decir, que su antigüedad sube á doscientos, ó á lo mas á trescientos años: cuando la fundacion de la Iglesia romana es del apótol San Pedro, y la sucesion de sus Pontífices viene por una cadena no interrumpida desde San Pedro hasta el actual Pontífice Pio IX. Este es un argumento que no tiene réplica, pues que se funda en un hecho que no pueden negar ni los mismos protestantes: y que á decir verdad, tampoco se atreven á negarlo.

CAPITULO XXIII.

SE DAN ALGUNAS REGLAS PARA NO DEJARSE ENGAÑAR POR LOS PROTESTANTES: Y SE DESHACEN ALGUNAS DIFICULTADES QUE ESTOS SUELEN PONER.

¿Qué dicen, pues, los protestantes para encubrir su apostasía? dicen que la Iglesia romana se habia corrompido, que habia errado, y que por tanto era necesario corregirla y reformarla; como que ellos se llaman así mismos *reformados*, y á sus iglesias *iglesias reformadas*. Como en semejantes disputas suelen aparentar los hereges mucho celo por la verdad y la virtud, es necesario estar sobre sí y no dejarse deslumbrar por palabras que nada significan, por raciocinios que nada prueban.

Es necesario tambien tener por sospechosas muchas de las relaciones en que ponderan los abusos y vicios, pues que el espíritu de secta y el odio profundo que abrigan contra la Iglesia católica romana, los arrastran con frecuencia hasta la calumnia: ya fingiendo lo que jamas ha existido, ya abultando y ennegreciendo lo venidero.

El fiel católico, mayormente si no está bastante versado en la historia, no debe entrar en cuestiones sobre si hubo ó no mas ó menos corrupcion en tal ó cual tiempo, en este ó aquel lugar, ni si tal ó cual eclesiástico ú obispo cumplió sus deberes ó no; el modo mas espedito y mas juicioso de responder á semejantes dificultades, es el contenido en el siguiente diálogo.

Dirá el *protestante*: en tal siglo habia tal y tal abuso: aun en Roma se veia este ó aquel esceso, los eclesiásticos no cumplian con sus deberes, se abandonan al vicio.

Católico. Prescindiré de lo que haya de verdadero ó falso en lo que V. dice; pero quiero suponer que sea todo así; Jesucristo no dijo que fundase una Iglesia en que todos los papas fueran buenos, en que todos los obispos y eclesiásticos cumpliesen siempre con sus deberes; lo que sí dijo es, que no permitiria que esta Iglesia errase, y que estaria con ella hasta la consumacion de los siglos, ¿qué tienen que ver, pues, los vicios, ni de los eclesiásticos, ni de los obispos, ni de los papas

sion tal que no nos hubiera servido de mucho la luz de la verdad divina.

con la doctrina que ellos enseñan? Ellos están encargados de enseñármela; yo veo en ella á un enviado de Jesucristo; si son viciosos, lo sentiré, me compadeceré de ellos, pero esto no me autoriza á apartarme de su doctrina. Jesucristo me dice que oiga á sus ministros, y no me advierte que no los haya de oir cuando sean malos.

Protestante. ¿Cómo es posible que Jesucristo para enseñarnos la verdad quiera aun valerse de ministros malos? ¿Qué tiene que ver la santidad con el vicio, la luz con las tinieblas?

Católico. Vea vd., cada cual mira las cosas á su modo: yo tan lejos estoy de estrañar lo que vd. estraña, que antes al contrario, me parecia muy irregular que Jesucristo hubiese querido valerse solo de ministros buenos. Porque ó era menester en tal caso que hubiera estado haciendo continuamente un gran milagro, no permitiendo que en ningun tiempo y en ninguna parte del mundo, ningun ministro de la Iglesia cometiese un solo pecado; ó bien era menester que nos diese una señal fija, para conocer cuáles eran los ministros pecadores, para saber que no habiamos de escucharlos. Ya sabe vd. y lo sabe todo el mundo, que muchos pecados hay que pueden ser cometidos sin que lo sepa otro que el mismo que los comete; en tal caso, ¿qué remedio tendriamos? hubiera Dios de estar enviándonos de contínuo ángeles para revelarnos que no escuchemos á tal eclesiástico, á tal obispo, porque ayer á tal hora cometió éste ó aquel pecado? ¿No ve vd. en qué confusion andariamos de continuo, si siguiéramos semejante doctrina? ¿No ve vd., pues, cuán infundado es decir que la Iglesia romana erró y que no debemos escucharla, fundando esto en los vicios de los eclesiásticos, de los obispos, ni aun de los papas; y aun suponiendo que sean tantos y tan graves como vd. dice, y aunque lo fueran mucho mas?

Protestante. ¿Pero no es cosa bien dura la que sosteneis y practicais vosotros los católicos, de sujetar el entendimiento en materias de fé al juicio de la Iglesia, es decir, de otros hombres?

Católico. Nosotros sujetamos nuestro juicio á la autoridad de la Iglesia, porque ella es la depositaria de la verdad, cuyo depósito le ha encomendado el mismo

tiene réplica, pues que se funda en un hecho que no pueden negar ni los mismos protestantes: y que á decir verdad, tampoco se atreven á negarlo.

demos fé á sus palabras? ¿No vale mas atenerse á la autoridad de la Iglesia romana, cuya fundacion data del

Dios, prometiéndole su asistencia para guardarla y enseñarla de consiguiente, sometiéndonos á la autoridad de la Iglesia, nos sometemos á la autoridad del mismo Dios.

Protestante. ¿Pero acaso no es bastante la Sagrada Escritura para saber todo lo que Dios ha querido revelarnos?

Católico. No, señor; y la mejor prueba son vdes. mismos los protestantes. Desde que se separaron de la Iglesia católica han estado apelando á la autoridad de la Sagrada Escritura, y han llegado á sacar tan en limpio la verdad, que al fin han logrado no entenderse formándose tantas y tan variadas sectas, que no es facil clasificarlas ni aun contarlas. La verdad es una, y siempre la misma: ¿cómo es posible, pues, que se halle la verdad en sectas que de tal manera entre sí discrepan, y que cada dia están variando de creencia? No puede darse mas sólida prueba de la falsedad de una regla que ser conducido por la misma á resultados falsos: y la regla de interpretar la Sagrada Escritura, ateniéndose únicamente al juicio particular de cada individuo, y no escuchando la voz de la Iglesia católica, los ha conducido á vdes. los protestantes á tantos errores, que en la actualidad seria muy ardua tarea el empeñarse, no diré en refutarlos, pero ni aun en contarlos.

Protestante. Pues, ¿á dónde podemos recurrir mejor que á la misma palabra de Dios?

Católico. Si la palabra de Dios fuese tan clara por todas partes, que no ofreciese dificultad alguna, de modo que cualquiera pudiese entenderla sin peligro de equivocarse, entonces seria admisible el sistema de los protestantes; pero yo oigo decir que la Sagrada Escritura es un mar en que se pierden los hombres mas sábios, y vdes. mismos que se empeñan en tenerla por tan clara y tan facil, nos dan una señal evidente de que no lo es, pues cada secta, y aun cada sectario la entiende á su modo. Me parece á mí que si Jesucristo no hubiera dejado sobre la tierra una autoridad viviente para enseñarnos la verdad, apartarnos del error y aclarar nuestras dudas, nos habria dejado en una confusion tal que no nos hubiera servido de mucho la luz de la verdad divina.

con la doctrina que ellos enseñan? Ellos están encar-
gados de enseñármela; yo veo en ella á un enviado de

Desde que Jesucristo vino al mundo han nacido de continuo sectas y mas sectas, que han enseñado los mas groseros y monstruosos errores, como vd. no podrá negarme; ¿que seria, pues, de la verdad, si no tuviésemos á la mano una regla segura y fija por la que pudiéramos distinguir la verdad del error? nosotros los católicos decimos que esta regla infalible es la autoridad de la Iglesia; lo decimos y lo podemos probar con la misma Sagrada Escritura á que vdes. los protestantes apelan; y ademas, aun mirada la cosa á la sola luz natural, se ve que es tan conforme á razon el que Jesucristo estableciese sobre la tierra un maestro que pudiera enseñarnos sin peligro de error, que si asi no fuera, podria decirse que nos dejó sin certeza sobre lo mas necesario para nuestra salud, y que no acertó á fundar bien su Iglesia; lo que seria una blasfemia contra su bondad y sabiduria.

CAPITULO XXIV.

OTRO ARGUMENTO CONTRA LOS PROTESTANTES.

Aun prescindiendo de estas razones, cuya solidez no podrá menos de ser reconocida, siempre queda en contra de los protestantes una dificultad insoluble. Dicen que la Iglesia se habia de reformar, que se habian de corregir sus abusos y errores; pero yo preguntaré, ¿es para ejecutar todo esto era necesario que aquel ó aquellos que acometieron tamaña empresa, fueron enviados de Dios, y que hubieron recibido del cielo tal encargo? es evidente que sí, porque ¿quién se arroja á enmendar la obra de Dios sin ser enviado de Dios? Ahora bien; Lutero, Calvino, Zuinglio, Bucero y todos los demas corifeos del protestantismo, ¿de quién tenemos semejante mision? ¿qué señales dieron de que fueran enviados del cielo? Nadie ignora que no hay en la actualidad un solo protestante instruido y juicioso, que no se echara á reir si se le hablase de milagros ó de profecías, que apoyasen la autoridad de los pretendidos reformadores; todo el mundo sabe que la historia de estos hombres funestamente célebres, es tan reciente, que no es dificil seguir su vida paso á paso, y manifestar que hay no poco de que tendrian que ruborizarse los que siguen sus doctrinas: ¿cómo se quiere, pues, que

demos fé á sus palabras? ¿No vale mas atenerse á la autoridad de la Iglesia romana, cuya fundacion data del tiempo de los apostoles, y que en medio de tantas vicisitudes y contratiempos, ha permanecido siempre inalterable, enseñando una misma doctrina?

CAPITULO XXV.

REGLAS DE PRUDENCIA QUE DEBE OBSERVAR EL CATÓLICO AL TRATAR DE LOS MISTERIOS.

Sucede á menudo que se argumenta contra la religion no atacando ni los milagros ni las profecias, ni la santidad de la doctrina, ni otra alguna de las señales que patentizan su divinidad, sino que se fija la cuestion sobre algun misterio, y se le toma por blanco de las impugnaciones. En tales casos es necesaria mucha discrecion, ó si no se corre el peligro de salir desairado en la disputa. La razon es clara: el misterio, por lo mismo que es misterio, no puede ser esplicado de manera que se presente á nuestra razon con toda claridad, y entonces, prevaliéndose el incrédulo de la oscuridad que debe por precision acompañar las esplicaciones del católico, llama falso lo que solo debe llamar incomprensible. No sucederá esto si el católico sabe colocar la cuestion en el verdadero terreno: lo que conseguirá fácilmente si tiene presentes las reflexiones que siguen.

En primer lugar debe guardarse muy bien el católico de empeñarse en aclarar de tal modo el misterio, que pretenda no dejar en él ninguna oscuridad: esto seria negar al misterio la calidad de tal, pues si pudiéramos nosotros comprenderle y esplicarle, dejaria para nosotros de ser misterio. Así es que en tratándose del misterio de la Santísima Trinidad, de la Encarnacion ó de otro cualquiera, si bien puede reprendérsele que procure aclararlos, ó con aquellos símiles que haya visto en el catecismo, ó con aquellas reflexiones que haya oido á personas sabias y religiosas, debe sin embargo, andar en esto con mucho tiento, no sea que dando á los símiles ó á las reflexiones mas importancia de la que en sí tienen, pretende que es una razon sólida, si lo que es tan solo una comparacion oportuna, ó una aclaracion plausible. Será bueno que ante todo pro-

tanto en los católicos, lo está viendo practicar por todo el mundo, y lo practica vd. mismo todos los dias.

teste que él no entiende el misterio, que no pretende tampoco entenderle, que en el mismo caso se hallan todos los católicos, por lo mismo que le reconocen como misterio. Será bueno tambien, en tratando con incrédulos, no detenerse mucho en los símiles ni otras razones de congruencia, y quizás no pocas veces seria muy saludable no echar mano de ninguno de esos medios, porque el incrédulo ó los otros que escuchan podrian creer que aquello se aduce como una prueba; y por otra parte, si el adversario es algo sagaz, cuidará de atacar el flanco débil, y si logra hacer vacilar la razon de congruencia, se jactará de haber hecho vacilar el misterio. Paréceme que lo mas prudente en tales casos seria adaptarse poco mas ó menos, al método prescrito en el siguiente diálogo.

CAPITULO XXVI.

METODO PARA DISPUTAR CON LOS INCREDULOS SOBRE LOS MISTERIOS.

Dirá el incrédulo: ¿còmo es posible creer las cosas que creen vdes? Tres personas, y sin embargo un solo Dios: un Dios hecho hombre, la sustancia del pan convertida en cuerpo de este Dios hombre, y otras cosas semejantes: á ver, ¿cómo me esplica vd. estos misterios?

Católico. Ningun católico pretende poder esplicarlos ni entenderlos: reconocemos que son misterios, y por lo mismo ya confesamos que son incomprensibles.

Incrédulo. Pero y entonces, ¿cómo lo creen vdes?

Católico. Es muy sencillo: lo creemos, porque nos consta que Dios los ha revelado.

Incrédulo. Pero esto de creer cosas que el entendimiento no alcanza, ¿què mérito puede tener delante de Dios?

Católico. Si fueran cosas que las comprendiéramos con la sola razon, poco mérito tendria la fé; creyéndolas, sujetamos nuestro débil entendimiento á la sabiduria infinita.

Incrédulo. Pero yo quisiera que vd. me esplicase, por ejemplo, ¿cómo puede ser un solo Dios y tres personas?

Católico. No lo sabria esplicar bien: repito que para mí es un misterio, le acato profundamente, y me

no es dificil seguir su vida paso á paso, y manifestar que hay no poco de que tendrian que ruborizarse los que siguen sus doctrinas: ¿cómo se quiere, pues, que

cia de la Santa Sede como una cosa nada necesaria, como una usurpacion sobre la autoridad de los demas obispos. Por esta causa conviene tener á la vista

tendria por culpable si tuviese el orgullo de querer comprenderle.

Incrédulo. Vamos; esa sumision tan ciega del entendimiento en cosas que no comprende, me parece insoportable.

Católico. A mí me parece muy llevadera; y está muy lejos de parecerme ciega. Si vd. me permite, le manifestaré como yo concibo esta sumision del entendimiento y para el efecto, me tomaré la libertad de dirigirle algunas preguntas.

Incrédulo. Vd. la tiene; la escucharé con mucho gusto.

Católico. ¿Hay cosas que nuestro entendimiento no puede comprenderlas? ¿y el no comprenderlas es razon bastante para negarlas?

Incrédulo. Esta es una pregunta tan general.... y tan vaga....

Católico. ¡Cómo general! ¡y cómo vaga! antes es muy precisa. No tema vd. para manifestar que hay cosas que no podemos comprender, no me será necesario subir al cielo, ni descender á las entrañas de la tierra, ni atenerme á cosas generales y vagas; sino que aquí mismo tengo hechos que vd. no podrá contestarse. ¿Ignora vd. que el hombre casi nada comprende de todo cuanto le rodea? ¿nos comprendemos acaso á nosotros mismos? esos ojos con que vemos, el oido, el tacto, el olfato, el gusto, todos nuestros sentidos de que nos servimos contínuamente, ¿sabemos acaso en qué consisten? ¿ha podido esplicarlo hasta ahora ningun filósofo del mundo? ¿no sabe vd. que los mas grandes sábios andan á tientas cuando tratan de esplicar los fenómenos mas comunes de la naturaleza?

Incredulo Efectivamente es así; la naturaleza está llena de arcanos; y nosotros mismos á nuestros ojos, somos un gran misterio pero ¿que infiere vd. de esto?

Catolico. Lo que infiero es, que hay muchas cosas que nosotros no las entendemos, y que el no entenderlas no es suficiente razon para negarlas; y que para creerse una cosa la dificultad no debe ponerse en si la entendemos ó no, sino únicamente en si tenemos motivo para creerla ó no. Si bien se mira, eso que estraña vd. tanto en los católicos, lo está viendo practicar por todo el mundo, y lo practica vd. mismo todos los dias.

teste que él no entiende el misterio, que no pretende

Cuando nos cuentan que en tal pais hay un animal muy estraño, que hay una mina muy abundante de este ó aquel metal, que hay una planta rara de esta ó aquella naturaleza, que acaecen allí estraños fenómenos que no vemos entre nosotros, para creerla ó no, nunca miramos si entendemos como se verifican aquellas estrañezas, y por qué causas, sino quien lo refiere, si la tal persona es digna de crédito, ya por su inteligencia, ya por su esperiencia, ya por su veracidad: y tendriamos por ridículo al que saliera diciendo que no cree, por ejemplo, que en tal pais tienen los hombres tal color, porque no concibe cómo esto pueda verificarse.

Haga vd, la aplicacion á nuestro caso; cuando tratemos de misterios en una religion, lo que debemos mirar es, si efectivamente aquella religion tiene los caracteres de divina; y si los tiene, si nos constare que efectivamente nos ha venido de Dios, ¿qué importa que no entendamos los misterios? ¿Acaso Dios no sabe cosas que nosotros no podemos saber? ¿Y por qué no podria revelárnoslas? y dándonos él á conocer que en realidad es él mismo quien nos la revela, ¿quién podrá negar la obligacion que tenemos de creerlas? creemos á un hombre de bien, aunque nos refiera cosas que nosotros no entendemos, ¿y no creeriamos á Dios que no puede engañarse ni engañarnos? Las señales de que nuestra religion es divina, las tenemos en los milagros, en el cumplimiento de las profecías, y en varios otros hechos que no es necesario enumerar ahora: ¿qué mas queremos? ¿qué tiene, pues, de estraño nuestra fé?

CAPITULO XXVII.

SE MANIFIESTA LA EXISTENCIA Y LA NECESIDAD DEL SUMO PONTIFICADO.

Sucede con frecuencia que los que tratan de combatir la religion católica se abstienen de hablar contra el cristianismo, y aun á veces manifiestan un afectado respeto al catolicismo, valiéndose mañosamente de este medio para dirigirle un tiro mas recio y certero. Saben muy bien que sin cabeza de la Iglesia no hay catolicismo, y por esto procuran desacreditar al Sumo Pontificado, presentando la Supremacía de la Santa Sede como una cosa nada necesaria, como una usurpacion sobre la autoridad de los demas obispos. Por esta causa conviene tener á la vista algunas reflexiones con que se pueda responder á esta clase de enemigos de la Iglesia.

La idea del Sumo Pontificado, que tanto desconcierta á los protestantes é incrédulos, como si fuera de una institucion monstruosa, es, sin embargo, lo mas sencillo, lo mas conforme á la razon que imaginarse pueda. Decimos los católicos que el Papa es la cabeza visible de la Iglesia, es decir, que está encargado de gobernar todo el rebaño de Jesucristo en la tierra, dándole el pasto saludable de la buena doctrina: y guiándole por el camino de la eterna salud. Decimos que la autoridad del Papa es superior á la de los obispos, y que estos deben respetarlo y obedecerle, como que es puesto sobre ellos por el mismo Jesucristo. Dejando aparte las muchas pruebas de la Escritura y de la tradicion, nos limitaremos á algunas reflexiones que estén al alcance de todo el mundo.

Es un hecho constante que no puede subsistir ninguna sociedad grande ni pequeña sin un gefe que la presida y la gobierne. En la familia hay la autoridad del padre: en las aldeas, en los pueblos, en las ciudades, en las provincias, hay sus alcaldes, sus gobernadores, sus gefes politicos, sus capitanes generales: en las naciones hay un rey, si son monarquias, ó bien si son repúblicas, un presidente, un cónsul, etc., es decir, un gefe con uno ú otro nombre. Siendo, pues, la Iglesia católica una sociedad estendida por toda la tierra, con sus doctrinas, sus costumbres, sus leyes, ¿es posible que esté sin un gefe? ¿puede concebirse que Jesucristo hubiese arreglado su Iglesia de tal manera, que no le hubiese dejado una autoridad para gobernarla? ¿habria tenido Jesucristo menos prevision y buena voluntad, que todos los legisladores, quienes al dar sus leyes á un pueblo jamas se olvidaron de crear una autoridad que cuidase de su observancia?

Se dirá tal vez que para esto son los obispos; pero es menester considerar que la autoridad de cada obispo se limita á su diócesis, y de consiguiente en tratándose de asuntos pertenecientes á toda la Iglesia, si no hubiese sino la autoridad de los obispos, sola la luz de la razon: vamos á hacerlo con pocas palabras.

En toda sociedad bien ordenada ha de haber le-

estariamos sin autoridad competente. Se replicará que para esto son los concilios generales á donde concurren, ó al menos son llamados los obispos de toda la Iglesia. Pero nosotros añadiremos que los concilios, por lo mismo de ser una reunion, han de tener una cabeza, y esta no existe sin el Sumo Pontifice. Prescindiendo de muchas otras reflexiones que podrian hacerse sobre este punto, contentarémonos con una que disipa de un golpe toda la dificultad demostrando hasta la evidencia la necesidad del Sumo Pontificado; y que sin él no bastarian para el gobierno de la Iglesia los solos concilios generales.

La Iglesia no es una sociédad que exista solamente por ciertas temporadas, sino que dura siempre; luego la autoridad que la ha de dirigir y gobernar no puede ser una autoridad intermitente: los concilios y mayormente los generales, no pueden reunirse sino á trechos, y estos muy largos, luego no son á propósito para que ellos solos puedan gobernar la Iglesia. El último concilio general, que es el de Trento, se reunió hace ya cerca de tres siglos: ¿qué habria sido del gobierno de la Iglesia en este larguísimo intérvalo, si no hubiese existido otra autoridad que la de los concilios? ¿y que seria en adelante, cuando atendidas las dificultades é inconvenientes que median para verificar semejantes reuniones? quizá pasarán siglos sin que tenga otro concilio general. A cada paso surgen disputas sobre la fé y las costumbres, á cada paso se ofrecen dificultades sobre gravísimos puntos de disciplina: ¿á dónde podria recurrir el pueblo fiel, si Jesucristo no hubiese dejado sobre la tierra su vicario; en la persona del Romano Pontífice.

Las consideraciones que acabamos de presentar son tan obvias, tan sencillas y al propio tiempo tan convincentes, que es necesario mucha obstinacion para no rendirse á su evidencia. Guárdese todo católico de prestar oidos á los que intentaren persuadirle que la supremacía del Papa no es necesaria para nada; entienda que se trata nada menos que de un dogma de fé, reconocido como tal por toda la Iglesia; y sepa que el dia en que deje de reconocer que el Papa es el Supremo Pastor de la Iglesia, aquel dia deja de ser católico.

cerero. Saben muy bien que sin cabeza de la Iglesia no hay catolicismo, y por esto procuran desacreditar al Sumo Pontificado, presentando la Suprema-

tura de aquellos que juzga de influencia nociva? ¿qué mayor veneno que un libro que pervierta las ideas ó

CAPITULO XXVIII.

SOBRE LA POTESTAD DE LA IGLESIA PARA IMPONER MANDAMIENTOS A LOS FIELES.

Es cosa digna de lamentarse el olvido en que estan algunos cristianos de la obligacion que tienen de cumplir con los preceptos de la Iglesia. Algunos hay de cuya boca no se oye la impugnacion de ningun misterio, y que se glorian de conservar la fé; pero que, sin embargo, en tratándose de ciertos preceptos de la Iglesia, dicen tranquilamente, que "esto es cosa de hombres, que ellos son cristianos, pero no fanáticos," y así no reparan en prescindir, por ejemplo, de todo ayuno, de abstinencia de carne, etc. Lo que hay de notable en semejante conducta es, la inconsecuencia: porque si son cristianos católicos, no pueden dudar que la Iglesia no tiene facultad legislativa en las cosas que son de su pertenencia, y que por tanto puede imponer á los fieles aquellos preceptos que juzgue convenientes para conducirlos por el camino de la salud eterna. Infiérese de aquí, que se les puede reconvenir con la reflexion siguiente: ¿creereis que la Iglesia tenga facultad para imponeros preceptos en las materias que son de su incumbencia? Si decís que no, entonces ya no sois católicos, ya habeis dejado de creer un punto de fé católica: si decís que sí, cómo es que llamais preocupacion y fanatismo el cumplimiento de unos preceptos, cuya legitimidad admitis, como dimanados de una autoridad reconocida por nosotros mismos por competente?

Si el hombre se siente débil, para cumplir los mandamientos que la Iglesia le impone, vale mas que confiese su debilidad, que no el que para escusarla se valga de espresiones cuyo significado natural es, ó bien que ha dejado de ser católico, ó bien que es inconsecuente de un modo inconcebible.

La fé nos enseña la obligacion que tenemos todos los fieles de obedecer los mandamientos de la Iglesia; sin embargo, bueno será manifestar esta verdad con sola la luz de la razon: vamos á hacerlo con pocas palabras.

En toda sociedad bien ordenada ha de haber le-

estariamos sin autoridad competente. Se replicará que para esto son los concilios generales á donde

yes para su arreglo, luego ha de existir tambien un poder que tenga la facultad de establecerlas. Los miembros de toda sociedad están obligados á obedecer las leyes que en ella rigen, porque de otra manera inútil seria la ley, irriscrio el derecho de autoridad legislativa, é imposible ademas el buen orden y hasta la existencia de la sociedad. La iglesia católica es una sociedad estendida por toda la tierra: luego ha de existir en ella la facultad de hacer leyes para los fieles; luego estos están obligados á obedecerlas.

CAPITULO XXIX.

AUTORIDAD DE LA IGLESIA EN LA PROHIBICION DE LOS MALOS LIBROS

La prohibicion que hace la Iglesia de la lectura de los malos libros, es uno de los puntos sobre que han declamado mucho sus enemigos. No reconociendo estos en nada la autoridad de la Iglesia, no es estraño que no la reconozcan tampoco en lo tocante á la prohibicionde los malos libros; pero al menos deberian confesar que la Iglesia prohibiéndolos procede consecuente á sus principios y cumple con un deber que le impone su instituto.

Un padre de familia que ve introducido en su casa un libro de malas doctrinas, usa de un derecho indisputable prohibiendo á su familia el leerle: la autoridad civil prohibe tambien la circulacion de aquellos escritos, que inducen á la infraccion de las leyes ó á la corrupcion de costumbres, ó que pueden provocar disturbios y sedicion; es decir que el vigilar sobre los libros ó escritos, es un derecho reconocido en la autoridad paterna y en la civil, y no podia ser de otra manera, dado que no puede ponerse en disputa la poderosa influencia que puede ejercer un escrito, ya en bien, ya en mal. Prévias estas observaciones, preguntaremos á todo hombre juicioso: ¿si no encuentra muy natural, muy razonable, muy justo el que la Iglesia, encargada del sagrado depósito de la sana doctrina, que ha recibido de Jesucristo la mision de guiar á los hombres al alto destino de la eterna salvacion, vigile con asiduo cuidado sobre los libros peligrosos que circulen entre los fieles, y prohiba la lec-

tura de aquellos que juzga de influencia nociva? ¿qué mayor veneno que un libro que pervierta las ideas ó corrompa las costumbres? ¿Cómo, pues, se puede disputar á la Iglesia el derecho de prohibir á sus miembros, el que por una curiosidad indiscreta den la muerte á su alma?

CAPITULO XXX.

DEMUESTRASE LA NECEDAD DE AQUELLOS QUE HACEN DEL INCREDULO PARA PARECER SABIOS.

No faltan algunos que piensan que la incredulidad es prueba de despreocupacion y de sabiduría y quizá sea este el motivo que habrá inducido á no pocos hasta el estremo de fingirla. ¡Lamentable estravio nacido de la vanidad y de la ignorancia! ¡Preocupacion funesta que es necesario combatir y contra la que debe precaverse el cristiano desde sus primeros años! Un libro como este, no es lugar á propósito para desvanecer semejante error, con toda la abundancia de erudicion y de reflexiones á que se brinda la materia; pero no será fuera del caso presentar algunas consideraciones, y consignar algunos hechos, que puedan servir para manifestar que la fé no está reñida con la ilustracion y la sabiduría.

En primer lugar, la fé versa sobre objetos que el hombre no puede comprender con la luz de la razon; por manera que si trata de examinar con las solas fuerzas de su entendimiento los augustos misterios que le enseña la fé, queda deslumbrado y oscurecido. Las ciencias humanas tienen por objeto aquellas cosas que nuestra razon puede alcanzar; luego versando la fé sobre objetos distintos de los que ocupan á la ciencia, la una no daña, ni embaraza la otra.

Lejos de embarazarse ni dañarse la fé y la ciencia, antes bien se ayudan mútuamente, pues como ambas son una luz concedida por Dios al entendimiento del hombre, son como dos hermanas que pueden y deben vivir en estrecha amistad, presentándose recíprocos servicios. El hombre que cree, y que al mismo tiempo posee la ciencia, encuentra abundancia de razones

le objeten dificultades que él no acierte á soltar; pero este no es motivo bastante para que vacile en su fé. Y lo que mas puede inferirse de ocurrencias seme-

para manifestar cuán fundada es su fé; y ya que no le sea posible poner en toda claridad los misterios que forman el objeto de su creencia, al menos sabe hacerlos plausibles, presentándolos bajo mil aspectos diferentes, y haciendo ver que si bien son superiores á la razon, no son empero contrarios á ellas.

La ciencia puede tambien á su vez reportar de la fé mucho provecho, y le ha reportado en efecto, como podia demostrarse con la historia en la mano. Si se compara la ciencia de los filósofos gentiles con la de los filósofos cristianos, con relacion á las cuestiones mas elevadas, se verá que aquellos eran unos verdaderos niños con respecto á estos; y en efecto, un niño con solo el catecismo cristiano, aprende tan altos conocimientos, que si se levantaran de sus sepulcros Sócrates, Platon, Aristóteles, Ciceron, Séneca, en una palabra, todos los grandes hombres de la antigüedad, le escucharian con admiracion y asombro. Y con razon: porque las mas elevadas cuestiones sobre Dios, sobre el hombre y sobre la moral, las oirian esplanadas con sublime sencillez, cuando ellos consumieron una larga existencia, para columbrar siquiera una solucion verosímil.

Esto no es exageracion, es una verdad en la que están acordes todos los sábios; y los mismos incrédulos no han podido negar los grandes progresos que debe el entendimiento humano á la enseñanza del cristianismo. ¿Cómo, pues, será posible que la religion de Jesucristo esté reñida con el saber, y que la incredulidad sea una prueba de ilustracion? ¿Lo que tanto ha contribuido á iluminar al linage humano, podria ser amante de las tinieblas? Lo que ha descendido del seno de la sabiduría infinita, del manantial de toda luz, no puede ser enemigo de la luz.

CAPITULO XXXI.

CONTINUACION DE LA MISMA MATERIA.

Muy escaso conocimiento manifiestan tener de la historia del saber humano, los que piensan que la in-

mision de guiar á los hombres al alto destino de la eterna salvacion, vigile con asiduo cuidado sobre los libros peligrosos que circulen entre los fieles, y prohiba la lec-

ficultades contra una verdad, fuera motivo bastante para dudar de ella, de nada podriamos estar seguros. ¿Quién ignora que hasta se ha llegado á disputar de

credulidad es hija de la sabiduría. Basta abrir un libro de aquellos en que se refiere la vida de los hombres mas ilustres, que con sus talentos y saber han honrado el mundo desde el establecimiento de la religion cristiana, y se verá que los sábios mas distinguidos se han gloriado con el bello título de hijos de la Iglesia Católica. Recórranse los catálogos de los hombres que mas se han señalado en un ramo cualquiera de los conocimientos humanos, y es bien seguro que siempre podrá la Iglesia Católica presentar muchos de entre sus hijos, que sin dejar de cautivar el entendimiento en obsequio de la fé, brillan como esplendentes antorchas por sus talentos y sabiduría.

Pero ¿qué mas? ¿no menos inmensas bibliotecas, que son como el depósito de los conocimientos humanos? ¿De dónde ha salido aquel cúmulo de libros cuya sola vista nos asombra? Revuélvanse y se echará de ver que en su inmensa mayoría son obras de autores cristianos, y muchos de ellos eclesiásticos. Luego es una necedad el decir que la religion sea enemiga del saber, que la incredulidad sea prueba de ilustracion, y que la fé sea propia de espíritus pequeños y apocados; luego el manifestarse incrédulo por parecer sábio, es señal evidente de ignorancia, es una vanidad pueril, es una reprensible frivolidad de que debe preservarse todo hombre inteligente y juicioso. Tanta es la fuerza de esta verdad, que hasta en medio de la disipacion y bullicio del mundo, empieza ya á ser mirada con mal ojo la irreligiosidad, y va cayendo en desprecio la insensata moda de hacer del incrédulo. Entre personas bien educadas, aun de aquellas que son poco adictas á la religion, se mira como cosa indigna de un hombre decente el verter ideas irreligiosas.

CAPITULO XXXII.

REFLEXIONES QUE DEBE TENER PRESENTES EL CATÓLICO, AL PROPONERSELE ALGUNA DIFICULTAD CONTRA LA RELIGION.

Puede ocurrir con frecuencia que á un católico se le objeten dificultades que él no acierte á soltar; pero este no es motivo bastante para que vacile en su fé. Y lo que mas puede inferirse de ocurrencias seme-

para manifestar cuán fundada es su fé; y ya que no le sea posible poner en toda claridad los misterios que forman el objeto de su creencia, al menos sabe

jantes, es ó que el adversario tiene mayores alcances, ó mas instruccion en la materia. Si bien se mira, el hallarse el defensor de la verdad vencido alguna vez en la disputa por el defensor del error, no es cosa que suceda esclusivamente en las cuestiones religiosas, pues que acontece lo propio en todos los demas ramos. ¿Cuántas veces no vemos que un abogado de una mala causa, arrolla y confunde á su adversario, ó por la superioridad de su talento y conocimientos, ó por su mayor sagacidad y sutileza? En las conversaciones, ¿no presenciamos á cada paso, que un hombre de entendimiento claro y despejado, sobre todo si está dotado de una locucion fácil y espedita, da á todos los asuntos el giro que mas le agrada, y hace ver, como suele decirse, "blanco lo negro y negro lo blanco?" Luego nada prueba contra la religion el que un incrédulo haya propuesto una dificultad, á la que los católicos que le escuchaban no hayan sabido qué responder.

En tales cásos conviene que el fiel tenga á la vista las siguientes consideraciones. El incrédulo que propone la dificultad, no es regularmente un hombre muy sábio; será mas ó menos entendido, tendrá mas ó menos instruccion, pero al fin pertenecerá cuando mas á aquella esfera de personas inteligentes que abundan muchísimo en las clases que han recibido alguna cultura. Se deja, pues, entender que el argumento de que se vale, no deberá de ser alguna invencion rara de que no se tenga noticia en el mundo, sino que será alguna especie tomada de algun libro irreligioso, y que seguramente habrá sido desvanecida una y mil veces por los apologistas de la religion; y es bien seguro que bastaria la presencia de una persona religiosa é ilustrada, para disipar como el humo la dificultad que tanto engrie al ufano disputador.

Ademas, aun cuando supiéramos que la dificultad es tan grave, que ningun sábio del mundo es bastante á soltarla, no por esto se podria inferir que fuese falsa la religion. Nuestro entendimiento es tan flaco, que no ve las cosas sino á medias, con su poca luz no distingue bien los objetos: de aquí es que aun en las materias en que se encuentra mas certeza, no hay un punto sobre el que no ocurran dificultades gravísimas. Por manera que si el poderse objetar dificultades contra una verdad, fuera motivo bastante para dudar de ella, de nada podriamos estar seguros. ¿Quién ignora que hasta se ha llegado á disputar de nuestra misma existencia, objetándose dificultades cuya solucion no era tan fácil como á primera vista podria parecer? ¿Quién ignora que una cosa tan clara, como es la existencia del movimiento, fué tambien puesta en disputa por un filósofo? ¿Qué estraño, pues, si en materias tan difíciles y tan graves, como son las religiosas, ocurriesen de vez en cuando algunas objeciones que no acertásemos á desvanecer cual nosotros deseamos? Cuando nuestro entendimiento es tan débil, que alcanza apenas á comprender las cosas mas sencillas y mas claras, cuando al examinar los objetos que vemos con nuestros ojos, y palpamos con nuestras manos, tropezamos á menudo con dificultades inesplicables, ¿deberemos admirarnos si nos sucede lo mismo en tratándose de los altos misterios, que están en region elevada á donde llegar no puede con sus propias fuerzas el entendimiento criado.

Lo que hemos dicho de las dificultades contra la religion, que se oyen en las conversaciones, puede aplicarse tambien á las que se leen en los libros: solo que en este último caso son mucho mas peligrosas, á causa de que suelen estar presentadas con mayor arte. A mas del preservativo mas sencillo que es no leer libros irreligiosos, debe considerar el católico, si alguna vez le viene á la mano, que lo que en ellos se encuentra contra la religion, ha sido refutado mil veces, y que no necesita mas que buscar alguna de las muchas preciosas apologías de la religion que circulan por todas partes, para encontrar satisfechos completamente todos los argumentos y reparos con que la impiedad y las falsas sectas han procurado, aunque en vano, desmoronar el indestructible edificio de la religion católica.

P. Usted supone que Dios ha criado el mundo [illegible] no: pero ¿cómo lo manifiesta con alguna razon?

R. Es muy fácil; yo tuve mis padres, éstos tuvieron los suyos que eran mis abuelos, estos otros, y así suce-